



“El tesoro del sentido español que encierra la victoria sobre el separatismo se gastará en la calderilla de las "sesiones patrióticas", de las acciones de gracias al Gobierno y de las alianzas de las gentes de orden. Nuestra juventud, terminantemente, se abstendrá de participar en tales mojigangas. En el altivo aislamiento de ayer y de siempre guardará intacta la virtud espiritual de la reconquista para cuando llegue, ni mediatizada ni compartida, la total victoria...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 402 (2ª Época). Marzo 2026

1. **Una burda trola.** *Manuel Parra Celaya*
2. **El voto de Pepe.** *Carlos León Roch*
3. **La Falange que no fue: una revolución social interrumpida.** *José Ignacio Moreno Gómez*
4. **La muerte viaja en tren (1936-2026).** *José Lorenzo García*
5. **El plan de Primo de Rivera para parar la Guerra Civil.** *Manuel P. Villatoro*
6. **Concha Espina, el conmovedor testimonio de su cautiverio.** *Maite Rico*
7. **Krasny Bor, la última batalla de la tía Bernarda.** *Gustavo Morales*
8. **No acabó en el 75, David.** *Antonio Brea*
9. **La Falange da la bienvenida en Los Corrales de Buelna.** *Olga Agüero*
10. **En memoria de Manuel Hedilla.** *Eduardo López Pascual*

Ni güelfos ni gibelinos: no era más que una fake news, en este caso concreto procedente de El País, para variar. En efecto, la supuesta noticia decía que, en el curso de una audiencia que mantuvieron representantes de la Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Española en el mes de noviembre, León XIV “había alertado a los obispos españoles del auge ultraderechista en España”, lo que constituía su “mayor preocupación” para nuestra patria.

Ni una coma era cierta; en realidad, lo que manifestó fueron “los riesgos de someter la Fe a las ideologías”, y sin mencionar ninguna en concreto; pero, como prueba evidente, el sensacionalismo de la prensa adicta, que corroboraba las verdaderas palabras del Pontífice: la religiosidad manipulada por una ideología, en concreto, el sanchismo.

El trucaje era demasiado vulgar, pero levantó cierto revuelo entre cierto número de lectores; en el fondo, se trataba precisamente de someter a la Iglesia, representada en su cabeza visible, a un condicionamiento ideológico; como sabemos, el sanchismo (nos negamos a llamarle socialismo) espeta a sus oponentes la etiqueta de ultraderecha, cuando no el bárbaro neologismo de fachosfera.

Es evidente que nunca llegaremos a saber a ciencia cierta de dónde procedía la estupidez: ¿era una invención gratuita del periodista?, ¿era una consigna de obligado cumplimiento del rotativo madrileño?, ¿se trataba de una interpretación, subjetiva y malévola, de alguno de los obispos asistentes a la audiencia?



No descartemos ninguna posibilidad, ni siquiera la última, por muy triste que sea para los fieles; ejemplos sobrados hemos tenido de que alguna Eminencia ha llenado sus palabras de fidelidad a una ideología o a un subconsciente traicionero, y lo digo como catalán, y ustedes me entienden de sobras...

Uno, personalmente, se confiesa creyente y practicante, fiel al Magisterio, pero guarda cierto resabio de sospecha ante ese clericalismo al que tanto se oponía el Papa Francisco; o quizás mi susceptibilidad proviene de mi constancia en distinguir entre Altar y Sacristía, que a lo mejor le viene de ser muy mal pensado o por haber leído varias veces las páginas de La Regenta.

Aquel antiguo debate entre las atribuciones del Estado y de la Iglesia, de la Política y la Religión, quedó definitivamente atrás a partir del Concilio Vaticano II: ni ultramontanismo de quienes pretendían someterlo todo a la influencia del clero ni un rotundo anatema a quienes defendían la independencia de ambos poderes; recordemos el texto conciliar: “La Iglesia, que en razón de su misión y de su competencia, no se confunde en manera alguna con la sociedad civil ni está ligada a ningún sistema político determinado, es, a la vez, señal y salvaguarda del carácter trascendente de la persona humana. La comunidad política y la Iglesia son, en sus propios campos, independientes y autónomos la una con respecto a la otra”. Para los eruditos de la historia nacional, cabe citar aquí los remilgos del Marqués de la Eliseda...

2

El voto de Pepe...

Carlos León Roch

No conozco su apellido pero somos vecinos de toda la vida. Los primeros años le llamaba señor Pepe, pero con la confianza se ha quedado con Pepe, el de la tienda. Tiene unos 45 años, casado con tres hijos, la mayor ya preparándose para la selectividad... Viven en una hermosa ciudad mediterránea de unos 220.000 habitantes que, sin embargo, no es capital de provincia. La tienda no es suya, es un “super”, pero en mi casa todos vamos a él.

En época electoral se le ve la preocupación, porque es un hombre responsable que conoce el deber y el derecho del voto y de la responsabilidad que adquiere al ejercerlo. Eso lo aprendió en unos campamentos juveniles a los que asistió durante unos días, junto al mar, como únicas vacaciones de verano posibles; y donde encontró amigos (y creencias) que perduran.

Cuando ahora en su casa, mira alrededor y ve a su amada esposa, a sus hijos y a su anciana madre conviviendo felizmente, recuerda el esfuerzo solidario de todos ellos (¡los niños también, cumpliendo con su deber!) recela, horrorizado, con esos que se atreven a decir “los niños no son de los padres”; o piensa en su deteriorada y amada madre, recordando su pasado de absoluta entrega familiar, y a la que amenaza la ley eutanásica y la aceptación del suicidio asistido, en vez de paliar sus dolores y mostrarle el cariño familiar. Cuando medita sobre eso, reconoce un partido político que defiende la vida humana, en todas las circunstancias, que fomenta la natalidad y protege a la familia tradicional. Ya tiene su voto decidido.

Pero resulta que Pepe -además de a su familia- ama a su ciudad trimilenaria, a los pueblos de su Comarca, a su acrisolada Historia y a sus demandas. Piensa que esas necesidades y demandas necesitan ser reclamadas en los centros del poder político, regionales y nacionales. (¡Caramba!, el que defiende ardorosamente esos

planteamientos es otro partido diferente). Me estoy liando, piensa Pepe. Y no terminan ahí las cosas.

Y es que desde que Pepe trabaja en la tienda han transcurrido 20 años, a lo largo de los cuales, apenas ha tenido un par de cortas bajas laborales; una de ellas cuando le operaron de apendicitis. Siempre ha procurado hacer su trabajo lo mejor posible, sin regatear esfuerzos, pero mira hacia atrás y contempla que su status laboral no ha progresado, sigue siendo un simple vendedor ¿de qué entraría yo aquí?, se preguntaba. Su remuneración se separaba poco del SMI, y eso habría que resolverlo. Aunque a él lo que le gustaría de verdad es participar un poquito en las decisiones de la tienda, sentirse un pequeño propietario de ella, ¡Vaya, pues eso lo defiende otro partido..!



Pepe medita que solo tiene Un Voto, y que le gustaría tener tres diferentes, para defender a la Familia, al Municipio, y al Sindicato; o a alguno que defienda a los tres.

3

La Falange que no fue: una revolución social interrumpida

José Ignacio Moreno Gómez

Lejos de un ejercicio de reivindicación nostálgica, como pudiera sugerir el título, hagamos, más bien, un ejercicio de adivinación política; actividad que no consideramos completamente estéril, ni de mero entretenimiento, pues pudiera aportarnos algún hilo conductor para `continuar en la actualidad eso que sembró tantas ilusiones en los corazones juveniles de aquella generación sepultada por la Guerra Civil.

Cuando se habla de la Falange, el imaginario colectivo suele remitirse de forma automática al franquismo, al autoritarismo estatal y a una retórica congelada en los años treinta; con todas las luces y todas las sombras que aquella etapa aún proyecta sobre la pantalla de la cochambrosa actualidad española. Sin embargo, esa identificación, aunque comprensible sociológicamente, resulta doctrinalmente problemática. La Falange que quedó fijada en la memoria pública no fue tanto un proyecto desarrollado como uno interrumpido. Y esa interrupción —la Guerra, el Decreto de Unificación de 1937 y el régimen de Franco— no solo alteró su destino político, sino que impidió un conflicto histórico real entre dos concepciones revolucionarias del trabajo y de la sociedad: el nacional-sindicalismo y el marxismo.

Antes de su absorción por el Estado franquista, la Falange no era un bloque ideológico monolítico. En su interior convivían tensiones reales. Por un lado, una

corriente más obrerista y sindical, influida por el sindicalismo revolucionario, un cierto socialismo ético y el regeneracionismo más radical, que concebía al trabajo como eje de la vida política y al sindicato como órgano de poder real. Por otro lado, una tendencia más autoritaria y conservadora, que ponía el acento en el orden, en la jerarquía y en el rechazo al marxismo.

El Decreto de Unificación no resolvió esa tensión: la liquidó por la vía de la imposición, y la disimuló temporalmente con el espejismo fascista propiciado por Serrano Suñer, Dionisio Ridruejo e intelectuales conversos y algo obnubilados, como los Antonio Tovar y compañía. La Falange quedó subordinada al aparato estatal y, con ello, se neutralizó su potencial conflicto con las élites económicas. Lo que pudo haber sido un proyecto incómodo para terratenientes, oligarquías financieras y burguesías protegidas se transformó en un instrumento del orden existente.

¿Qué líneas quedaron truncadas? Pues fueron varias:

En primer lugar, la posibilidad de un sindicalismo político real. No el “sindicato vertical” franquista, sino una organización coordinada y potente de sindicatos, autónomos hasta cierto punto, con capacidad de disputar el poder, incluso frente al propio partido (el cuál habría de desaparecer tras la revolución). En segundo lugar, un choque estructural con el capital. La crítica falangista al rentismo y a la acumulación parasitaria estaba presente en todos sus textos fundacionales, pero fue neutralizada en la práctica por el Régimen. Y, finalmente, una evolución cultural de la sociedad, que no llegó a culminarse, y que la Transición condujo hacia otros derroteros, marcados por señuelos y narcóticos diferentes. Aldous Huxley ya había advertido de cómo el Poder se las ingeniaría para reconciliar a sus súbditos con la pura servidumbre, que es el verdadero destino de las masas cretinizadas. Y es que el franquismo, previamente, fosilizó a la Falange en esquemas morales rígidos, cuando el nacional-sindicalismo tenía margen para incorporar igualdad jurídica, emancipación femenina y políticas redistributivas modernas sin traicionar su lógica interna ni sus principios. Mercedes Formica fue un claro referente de esto.

La España nueva que prometía la Falange, devino en vicios viejos con apariencia nueva: una restauración monárquica que fue un mero régimen de oligarquías burguesas y partidos de “aparato”, dóciles a la globalización capitalista. Nuestra Transición postfranquista estuvo infectada de “progresismo” consumista y permisivo.

Desde esta perspectiva, resulta plausible pensar que, sin la Unificación, la Falange habría derivado hacia una forma de nacional-sindicalismo de trabajadores: revolucionaria en lo social, antioligárquica y anticapitalista en lo estructural, no liberal y no marxista. Muy fuertemente comprometida con la juventud. En definitiva, un actor incómodo para casi todos: para los capitalistas y para los sedicentes socialistas científicos.

La comparación con el sindicalismo marxista, sin embargo, revela más similitudes de las que suelen admitirse. Ambos proyectos sitúan el trabajo en el centro de la organización social y rechazan su reducción a mercancía. Ambos critican el capitalismo no desde una moral individual, sino desde su estructura: la acumulación oligárquica, el rentismo, la apropiación privada del excedente. Y ambos desconfían del parlamentarismo liberal, al que consideran una fachada formal del poder económico. Las divergencias existen; pero no siempre donde se cree. El desacuerdo principal no está en la economía cotidiana, sino en el fundamento político y filosófico. El marxismo concibe a la clase trabajadora como sujeto histórico universal y se apoya en el materialismo histórico. El nacional-sindicalismo parte del trabajador concreto, históricamente situado, persona portadora de valores espirituales, y miembro de una comunidad política nacional entendida como marco de solidaridad. No se trata simplemente de “clase frente a nación”, sino de un universalismo abstracto frente a comunidades históricas concretas.

Esto se refleja también en la dimensión internacional. El marxismo apuesta por el internacionalismo obrero y tiende a la homogeneización política, incluso por la fuerza. La auténtica Falange defendía la solidaridad entre pueblos sin disolver sus trayectorias culturales e históricas en un sujeto global abstracto.

Cuando se comparan los programas económicos, las diferencias se siguen reduciendo. Ambos modelos subordinan la propiedad al interés social, defienden la redistribución, una remuneración digna y, sobre todo, la eliminación del rentismo en cualquiera de sus formas. El marxismo es más rígido en cuanto a la planificación integral; la Falange, más pragmática y flexible, aceptando ciertos mecanismos de mercado, aunque con regulaciones. Hay diferencias que son más de grado que de naturaleza.

Un aspecto aún menos conocido es la propuesta territorial del nacional-sindicalismo. Frente al centralismo estatal, jacobino o marxista, la Falange defendía un municipalismo orgánico: municipios autónomos con competencias en servicios básicos, en economía local, en cultura y en centros educativos municipales. Los municipios se unirían voluntariamente en comarcas para coordinar servicios supramunicipales. No se trataba de federalismo autonómico clásico ni de defender privilegios obsoletos, sino de una verdadera tradición española de autogobierno local integrada en un proyecto nacional. Lo que chocaba también con el macro-estado totalitario fascista. La Falange, aunque pueda sonar raro, en realidad criticaba la excesiva concentración de poder en el Estado, y abogaba por un modelo territorial descentralizado, alternativo al modelo de los estatutos regionales. En lo económico, también se descargaría al estado de tareas y competencias que serían asumidas por los sindicatos, autogestionados por aquellos que participasen en la producción, y por los consumidores.

¿Por qué, entonces, el marxismo logró la hegemonía entre los sectores obreros y el nacional-sindicalismo no? Las razones son estructurales e históricas. El marxismo ofrecía aparentemente un relato total coherente: una explicación del pasado, una lectura del presente y una promesa de futuro, con un sujeto histórico definido: el proletariado (aunque, más bien, lo serían los iluminados del partido de vanguardia; esto es, la nueva oligarquía). La Falange, en cambio, fue absorbida antes de poder sistematizar un relato comparable.

Además, la identificación simbólica de la Falange con el Estado franquista — independientemente de su coherencia doctrinal— la convirtió, para generaciones obreras, en sinónimo de represión. El marxismo, en cambio, fue el lenguaje común de los perdedores y los perseguidos. Su internacionalismo encajó mejor con una clase obrera industrial, migrante y desarraigada, y ofrecía una identidad antagonista clara: “nosotros” frente a “ellos”, psicológicamente más eficaz en contextos de explotación intensa.

A ello se suma un factor decisivo y poco señalado: el tiempo. El marxismo tuvo décadas para implantarse. La Falange auténtica tuvo pocos años, una guerra y una absorción forzada. No fue tanto derrotada como interrumpida.

En la llamada Transición española, tampoco hubo muchas oportunidades para reemprender el camino: Se pensó más en términos de doctrina a largo plazo y se actuó en un tiempo político corto. Se supuso que el nuevo régimen liberal sería frágil y no se elaboró una estrategia para un sistema parlamentario estable, aun rechazándolo. El resultado fue quedar fuera sin construir un “afuera” operativo. Hubo una sobreestimación del sujeto social y se sobrestimó la vigencia movilizadora de la comunidad nacional y la memoria joseantoniana.

El resultado no fue la victoria definitiva de una ideología sobre otra, sino la imposibilidad histórica de un conflicto político real entre dos proyectos revolucionarios del trabajo. Y quizá por eso, casi un siglo después, el debate sigue abierto, aunque rara vez se formule en estos términos.

4

La muerte viaja en tren (1936-2026)

José Lorenzo García

En enero pasado ocurrió un desgraciado y trágico accidente de tren cerca de la población cordobesa de Adamuz. El resultado fue 46 muertos y decenas de heridos. Se ha escrito mucho y especialmente muy debatido en todo tipo de tertulias, sobre el origen de esa catástrofe que evidentemente pudo haberse evitado si se hubieran tomado las medidas oportunas que, según todas las fuentes, aconsejaban un mantenimiento intensivo de la vías y una renovación completa del trayecto del AVE

entre Madrid y Andalucía. El pasado 27 de mayo recuerdo que nuestro tren de alta velocidad, donde viajábamos procedente de Málaga a Madrid (AVE 02553) , tuvo que pararse en esa zona cerca de Adamuz durante más de 40 minutos por un problema no comunicado oficialmente y que según creo recordar el interventor atribuyó a los “ordenadores”. Después de lo recientemente ocurrido, ni a nuestro hijo que utiliza regularmente esa línea para venir por razones de trabajo a Madrid, ni a nosotros que vamos frecuentemente a visitarle a Málaga, nos ocurrirá ahora y por mucho tiempo usar el AVE. Ya en esas fechas, la tripulación avisaba de que los retrasos e incomodidades: asientos reservados correctamente con antelación estaban colocados en sentido contrario a la marcha del tren, falta de limpieza en los lavabos del tren salido recientemente de Atocha..., irían en aumento. Acertaban de pleno. El resultado de ese abandono ha sido además manifiestamente trágico y doloroso. Qué diferencia con el funcionamiento eficaz del AVE de hace sólo seis años ¡!. Habrá pues que depurar responsabilidades administrativas, políticas y de otro tipo, que lógicamente se derivan de este fenómeno. No se puede jugar a la “ruleta rusa” con usuarios de un transporte público a más de 300 km / hora.



Repasando la historia de los primeros días de nuestra Guerra Civil es curioso como los conocidos “Trenes de la Muerte”, es decir, la primera gran masacre de civiles de derechas (226 civiles) se produjo con los viajeros de presos forzados en dos trenes de ciudadanos procedentes en gran parte de esa localidad cordobesa: Adamuz (unos 70). Eran trenes venidos de la “cárcel” de

Jaén (usando su Catedral) que incluso hicieron parada en Adamuz para localizar a más “derechistas y fascistas peligrosos”. Fueron incluso colocados carteles acusadores en los laterales de los vagones y un diputado jienense socialista, desde la radio local, arengaba: “haced con ellos lo que debéis”... A finales de agosto de 1936, el convoy que tenía como destino la prisión de Alcalá de Henares, al llegar al apeadero de Santa Catalina (Vallecas) las fuerzas de escolta de la Guardia Civil se retiraron y las milicias del Frente Popular, previamente “calentadas” y la mayoría pertenecientes al sindicato ferroviario, tomaron el mando y las armas. Salvo un pequeño grupo, el resto de prisioneros laicos fueron ametrallados y fusilados, incluido Monseñor Basulto -obispo de Jaén-, su hermana, el vicario y José María Acuña, un sacerdote de Bailén. Siendo también posteriormente expoliados y despojados de todas sus pertenencias. Llevaban “millones escondidos”, gritaban los milicianos. El casi desconocido texto de investigación del historiador Santiago Mata “El Tren de la Muerte” con prólogo de Stanley G.Payne, -La Esfera de los Libros, 2011- basado en centenares de documentos

de la “Causa General “ y testimonios personales, explica exhaustivamente, aquella absurda y feroz matanza.

Resulta curioso cómo en las posteriores y numerosas declaraciones de los testigos supervivientes de aquellos trágicos sucesos del tren, están muy presente las formas no verbales de identificación de los “culpables y malvados“ representantes y posibles dirigentes de derechas. Esencialmente, eran candidatos a la muerte los poseedores de “artefactos o señales vestuarios“: gafas, zapatos, pijamas... también la fisiognómica. Todo ello nos recuerda la misma actitud en la llamada revolución cultural maoísta de China (1966) de los ”guardias rojos”. Las “caras de intelectuales “eran un pasaporte a la tortura y al asesinato. A los prisioneros del “tren de la muerte “ se les negaba incluso el agua: “No hay agua para los fascistas, sólo petróleo“. Santiago Mata escribió este texto a raíz de la nefasta ley de Memoria de 2008, de la comisión creada al efecto, de la actuación de Baltasar Garzón, de la famosa “lista Sinde”... y explica también el tenso ambiente existente en los primeros días del Alzamiento. La Revolución explotó el evidente malestar social de la época. Buenos y malos. Pero la Ley de Memoria ha despertado un revanchismo de los perdedores de la Guerra y también en el otro lado ha logrado un cierto sentimiento de culpa. Ni por supuesto todo fue idílico en la República ,ni la derecha era intrínsecamente perversa. Este suceso provocó una gran indignación entre el cuerpo diplomático español. La matanza, unos días antes, en la Cárcel Modelo madrileña, de prisioneros falangistas: Fernando Primo de Rivera -hermano de José Antonio-, Ruiz de Alda -triunviro de FE y uno de los héroes del Plus Ultra- y de destacados dirigentes parlamentarios de derechas, fueron otros hechos indignantes que acabarían con el ya escaso prestigio del gobierno republicano. La Iglesia, es evidente, tenía desde hacía muchos siglos una merecida gran influencia socio-cultural en toda España. En 1954 Franco, con el Concordato, en compensación por sus sufrimientos y ayuda moral a su régimen, le daría mucho poder en todos los sentidos: educación, control total de los contenidos culturales, juventud, medios de comunicación, etc.

Nada tienen que ver ambos trágicos sucesos. El de 1936 es un horrible crimen político penal como consecuencia de una fratricida Guerra Civil, y el accidente acontecido noventa años después ,sólo se asemeje por haber ocurrido en un lugar donde la enormemente solidaria y entregada población cordobesa de Adamuz trató, como pudo, de aliviar inmediatamente la tragedia del accidente de dos trenes. Quizás esas fuerzas “ocultas y misteriosas“ que tanto interesan a Iker Jiménez y sus excelentes colaboradores de” Cuarto Milenio“ podrían sacar partido para conectar ambas tragedias: un mismo lugar, dos trenes, ”extraño“ accidente, según las primeras impresiones del controvertido ministro socialista a cargo de los transportes. Noventa años después: 1936/2026...

¿Puras coincidencias? ¿Zona de confluencias negativas? Las explicaciones, pesa a las posibles intoxicaciones político-informativas, suelen ser mucho más pragmáticas.

Desidia. Incompetencia. Sobreexplotación del ferrocarril de alta velocidad en la búsqueda de ventajas de todo tipo: electorales, económicas... Todo ello unido ha producido muertes, dolor y miedo al futuro de la alta velocidad. Los ciudadanos pagamos impuestos al Estado para que nos garanticen bienestar y salud. Se dice que ya se acabó el tiempo de los “salvadores”. Ya no hay obispos, generales, ni banqueros....todos los “poderes fácticos” cuidan ahora sus” negocios”: vender, vender, vender. A los ciudadanos de a pie sólo nos queda la posibilidad de pensar y reflexionar. Algunos libros y fuentes fiables donde buscar respuestas. Acertar en la elección de temas ,libros y “fuentes de autoridad” supone una gran ventaja para pensar y lograr sobrevivir de todas las intoxicaciones y manipulaciones.

5

El plan secreto de Primo de Rivera para parar la Guerra Civil que rechazó la República y ocultó Franco

Manuel P. Villatoro para ABC

A José Antonio Primo de Rivera, uno de los principales artífices de la violencia política de los años treinta, la rebelión militar de 1936 le sorprendió entre rejas. Para ser más concretos, en la cárcel de Alicante, donde había acabado acusado de múltiples cargos como la posesión ilegal de armas. La sublevación fue para él un golpe durísimo, ya que aspiraba a encaramarse al poder como una suerte de salvador y a ocupar un lugar central en el nuevo proyecto de gobierno surgido tras el derrumbe de la Segunda República. Casi nada. En consonancia con esos planes, la inminente Guerra Civil representaba para él una catástrofe en todos los planos: político, social y humano.

Quizá por ello, el líder de la Falange intentó mover los hilos que tenía a su disposición y valerse de su popularidad para detener la Guerra Civil que se barruntaba. Todo ello, mediante un plan tan curioso como práctico: mediar entre ambos bandos y formar un Gobierno de concentración en el que estuvieran representados la mayor parte de los partidos políticos de la época. La propuesta fue rechazada por la Segunda República, que le impidió reunirse con los generales sublevados.



En honor a la verdad, tan real como que no se le permitió salir de prisión es que sus intentos habrían sido en balde. Así lo confirma su biógrafo más famoso, Joan María Thómas, en 'José Antonio. Realidad y mito' (Debate). En primer lugar, por la mala relación que mantenía con Francisco Franco, pero también por el interés que

había demostrado parte de la oficialidad sublevada en hacerse con el poder. Aunque, como se suele decir, nunca lo sabremos. Lo que sí cuentan los libros de historia es que, cuando plantaron al dictador los documentos escritos por el mismo Primo de Rivera, impidió su publicación.

Pero vayamos paso a paso. Primo de Rivera diseñó su propuesta entre finales de julio y principios de agosto de 1936, cuando entendió que el golpe de Estado no iba a dar sus frutos y que el país se dirigía a una extensa Guerra Civil. En palabras de Tomás, el líder de la Falange siempre había abogado por un impacto directo que obligara a la República a renunciar. Un 'crochet' a la mollera: «Quería evitar el ahondamiento de la fractura entre españoles que estaba representando el inicio de la contienda. Esto era lo contrario de lo que predicaba su fascismo: la reunión y unificación de todos los españoles para dejar de lado los partidos políticos divisores y la lucha de clases».

En esencia, y tal y como se supo años después, José Antonio Primo de Rivera proponía la creación de un gobierno de concentración formado por políticos e intelectuales que hiciese guiños a 'hunos' y a 'hotros', que diría Unamuno. «Su idea era viajar a Burgos con el objeto de convencer a los generales golpistas de la necesidad de llegar a un acuerdo con el Gobierno de la República tanto para el cese de las hostilidades, como para la constitución de un nuevo gabinete», añade el experto en su obra. Como garantía de que no se fugaría, tenía pensado dejar en prenda a varios de sus familiares directos, capturados poco antes del comienzo de la Guerra Civil.

Como si algo tenía era tiempo, José Antonio dejó sobre blanco su propuesta en una serie de folios que todavía se conservan y que Jorge Trías Sagnier dio a conocer en este mismo diario hace algunos años. Su ofrecimiento comenzaba con una amnistía general para ambos bandos. A continuación, planteaba la «reposición de los funcionarios declarados cesantes a partir del 18 de julio»; en la práctica, un tirón de orejas a la Segunda República por haber apartado a muchos trabajadores bajo la sospecha de tener unas ideas similares a las de los sublevados. El tercer punto era el más controvertido para el Gobierno: «Solicito la disolución y desarme de todas las milicias. La existencia comprobada de grupos organizados militarmente hará recaer la responsabilidad sobre las asociaciones o partidos con los que se mantengan relación notoria».

A continuación, incidía en la necesidad de levantar el estado de alarma; revisar las incautaciones hechas desde el estallido de la Guerra Civil; «suprimir toda intervención política en la administración de Justicia» y redactar un programa político «reconstrutivo y pacificador». Los puntos más controvertidos fueron la autorización de la enseñanza religiosa (suprimida desde las reformas de Manuel Azaña años atrás) y la implantación de la ley de Reforma Agraria.

En esencia, y tal y como él mismo escribió en los múltiples documentos que se hallaron en su celda, Primo de Rivera pretendía iniciar una etapa «de reconstrucción política y económica nacional sin persecuciones, sin ánimo de represalia» y que hiciera de España «un país tranquilo, libre y atareado». Sorprende la máxima, ya que, aunque él lo negó hasta el mismo instante en el que fue fusilado, la Falange había sido una de las organizaciones que más habían trabajado para construir un clima de violencia en la etapa previa a la Guerra Civil. Hecho que han corroborado hispanistas como el mismo Stanley G. Payne en sus muchas obras sobre el conflicto.

La segunda columna sobre la que se sustentaba su propuesta era la creación de un gobierno de concentración que, según Tomás, «aplicara un programa que reforzara el estado de derecho». La idea era que estuviese formado por políticos de toda ideología: varios republicanos, un socialista, un catalanista, un conservador y dos intelectuales de reconocido prestigio entre la sociedad. También pensó en los nombres de los protagonistas, los cuales dejó escritos en un folio aparte, y en el cargo que ocuparía cada uno. Los más destacados eran Martínez Barrio como presidente; Melquíades Álvarez en justicia; Miguel Maura en marina; Ortega y Gasset en obras públicas o Marañón en trabajo y sanidad.

Tiempo después de que José Antonio pasase por un juicio frente a los nuevos Tribunales Populares y fuese fusilado en el patio de la prisión de Alicante, el bando franquista tuvo constancia de su plan de concentración nacional

La mayoría eran republicanos templados. Con todo, Tomás es partidario de que faltaban algunos miembros de la CEDA y del Partido Republicano Radical. Ambos, en palabras del autor, por la imposibilidad de hallar un moderado en sus filas. Lo que tampoco incluyó Primo de Rivera en el gobierno fue un solo militar sublevado. Y no por evitar tiranteces, sino porque estaba convencido de que eran «personajes de desoladora mediocridad política» y «reaccionarios». De hecho, en las bases de su propuesta especificaba de forma expresa que era necesario mantenerles al margen: «Hay que excluir, por razón histórica, a los nostálgicos de formas caducas y a los reaccionarios en lo económico social».

Una vez bien atada, Primo de Rivera elevó su propuesta hasta las instancias más altas de la Segunda República en agosto, apenas un mes después del golpe de Estado. La solicitud la hizo por carta al entonces presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, mediante un sencillo mensaje: «Después de una detenida deliberación en conciencia y con la mira en el servicio de la España de todos, tan gravemente amenazada en los presentes días, me decido a solicitar una audiencia con usted. No sería difícil llevarla a cabo; podría trasladárseme una noche al Gobierno Civil, como si fuera a ser interrogado por el gobernador, y allí ser recibido sin que se enterase nadie».

Hay constancia de que Martínez Barrio recibió la carta y de que, tras leerla, la comentó con el presidente del Consejo de Ministros, José Giral. Ambos se mostraron

de acuerdo en que debían entrevistarse con Primo de Rivera, aunque ya por entonces no tenían claro si para poner o no en marcha aquella rocambolesca idea. Al final, seleccionaron al subsecretario Leandro Martín para la tarea. Este departió de forma extensa con el líder de la Falange el 14 de agosto. El barco no llegó a buen puerto; más bien se hundió sin haber llegado siquiera a aguas profundas. «Aunque no tenemos detalles del encuentro, sabemos que posteriormente el gobierno rechazó el plan y la proposición de acuerdo nacional de José Antonio», añade el historiador.

Tiempo después de que José Antonio pasase por un juicio frente a los nuevos Tribunales Populares y fuese fusilado en el patio de la prisión de Alicante, el bando franquista tuvo constancia de su plan de concentración nacional. Huelga decir que a sus mandamases les cayó como una patada en la ingle. «El régimen nunca estuvo dispuesto a permitir que se conociese la existencia de la proposición y se esforzó por borrar cualquier rastro de la misma», añade Tomás. Los papeles fueron ocultados y las transcripciones llevadas a cabo por algunos investigadores, censuradas. «Aquello no cuadraba con la imagen mítica construida por los franquistas para poder ensalzar a su mártir más importante», finaliza el autor.

6

Concha Espina, el conmovedor testimonio de su cautiverio

Maite Rico para El Mundo

Verano de 1936. Concha Espina llega a su querido pueblo de Luzmela, en Cantabria, predispuesta a un retiro apacible, para escribir lejos del alboroto de Madrid. Pero con el estallido de la Guerra Civil, el 18 de julio, aquel oasis transmuta en un escenario de pesadilla. Las milicias del Frente Popular confinan a la novelista y candidata al Nobel de Literatura en su propia casa, desvalijada a golpe de «requisas» e invadida por huéspedes indeseados. Los esfuerzos de la Cruz Roja y del Gobierno francés por rescatarla son infructuosos. Encerrada durante 13 meses con su hija, su hermana y dos nietas pequeñas, Espina habrá de desfilarse por la checa de Santander y se libra por poco de ser asesinada. Hoy, 90 años después, podemos conocer el relato en su propia voz. Ediciones 98 publica *Diario de una prisionera*, la febril bitácora que escribió a escondidas durante su cautiverio.

Los espíritus libres como Concha Espina (Santander, 1869-Madrid, 1955) encajan con dificultad en épocas de dogmatismos. Era republicana y feminista, pero también católica devota. Fue pionera en ganarse la vida con la escritura, en volar en avioneta, en divorciarse de un marido cerril que llegó a destruirle el manuscrito de su primera novela. Se plantó en Madrid con cinco hijos y una novela bajo el brazo, *La niña de Luzmela*, que fue un éxito editorial. Por su variopinta tertulia de los miércoles

desfilaban Menéndez Pelayo, Ramón y Cajal o los hermanos Machado. También José Antonio Primo de Rivera y García Lorca, ambos amigos de sus hijos, el periodista Víctor de la Serna y Luis, médico.

Aunque entre sus lectoras se hallaba la propia reina Victoria Eugenia, Espina abrazó con fervor la II República. Con su amiga Clara Campoamor defendió el voto femenino y los derechos de la mujer y de los trabajadores. De su conciencia social da fe la novela *El metal de los muertos*, sobre la explotación de los mineros de Río Tinto. Ella misma se consideraba «una obrera de la palabra».

Pero la deriva política de la República le provoca un profundo desengaño. La revolución de Asturias, el independentismo catalán, la violencia y la persecución religiosa hieren sus creencias más profundas. Le alarma la creciente influencia comunista debida, escribe, «a la funesta alianza de los republicanos de izquierda con los partidos extremistas, muñidores del Frente Popular». «Concha se mueve en el humanismo cristiano. En la defensa de los desfavorecidos y de la españolidad. Pero no era política», explica Concha de la Serna, nieta de la escritora, que conserva en su casa algunos dibujos que García Lorca regaló a su padre, Luis.



7

Krasny Bor, la última batalla de la tía Bernarda

Gustavo Morales para El Debate

La División Azul estaba desplegada en el norte del pueblo de Krasny Bor, sobre la carretera a Moscú, en un frente de 34 kilómetros de largo al sur del sitiado Leningrado. En su intento definitivo por acabar con el sitio, los soviéticos habían elegido Krasny Bor en febrero de 1943. El sector oriental del frente español, mandado por el Coronel Sagrado, estaba defendido por el BON 250 de Reserva Móvil, 'Tía Bernarda'; los dos primeros batallones del regimiento 262, y otras unidades —artilleros, zapadores, reconocimiento, etc.—, dando un total de unos 4.200 hombres.

Más de dos horas de fuego artillero de 800 cañones de grueso calibre, órganos de Stalin y pasadas de aviación. Los guripas sentían que se desplomaba el cielo. A las siete de la mañana del 10 de febrero de 1943 comenzó el miércoles negro en Krasny Bor. La tierra temblaba y el humo dificultaba la visibilidad. El termómetro a 25° bajo cero. Escribe Ángel Salamanca: «Pese al frío, se sudaba, pero no se comía, ni se bebía, ni se fumaba, ni se daban los buenos días». Cayeron muchos oficiales que ejercían tareas de vigías. La concentración de fuego anunció el principio de la Operación

Estrella Polar con que los rusos pretendían liberar la carretera de Leningrado. Las divisiones rusas 63ª y 72ª reforzadas con carros de combate se lanzaron sobre las posiciones españolas pulverizadas en las que no esperaban encontrar nada vivo.

Salieron los divisionarios a ocupar sus puestos de combate. Los soviéticos no podían creer que quedaran supervivientes ni comprendían la rápida reacción de los guripas. La infantería rusa llegaba por oleadas. Los divisionarios hacían descargas cerradas a menos de 100 metros. Las ametralladoras MG34 –1.300 disparos por



minuto– segaban las filas enemigas. Lo que siguió fue una sucesión interminable de combates, prodigios de valor y heroísmo. 44 mil soviéticos atacaron con cuatro líneas de penetración. La artillería rusa había convertido la nieve en barrizales donde se atascaron los carros de combate rusos KV-1 y T-34 y se empantanaron los esquidores bolcheviques. Los españoles pudieron repeler los primeros ataques sufriendo muchas bajas; entre ellas la del alférez Céspedes. El capitán legionario González del Hierro, de la 14ª Compañía abre fuego con sus dos últimas piezas PAK 36 útiles, trasladadas al efecto, y consigue detener el avance de los monstruos de acero en su sector.

Entre los muchos caídos de ese día, procedentes de la Legión, está el teniente Erich Jacob Rose Rose, de Estrasburgo. Alistado en el Tercio con el nombre de Henri Rosse Rosse está destinado en el Cuartel General de la División Azul. Marchó a Krasny Bor para establecer un centro de información avanzado. Luchó en el pueblo al frente de una sección de cañones antitanque, hasta que agotada las municiones intentó una salida que le costó la vida. Tenía 31 años. También murió el legionario de Huelva Miguel Medrano Pinto, procedente del Primer Tercio y destinado en la 8ª Cía. 2º BON/Regimiento 263. Con 26 años. Dos entre miles de bajas.

«Tía Bernarda», con sus legionarios y regulares, estaba en la batalla. El 250 Batallón se desplegaba cortando la carretera de Leningrado-Moscú que los soviéticos necesitaban para el movimiento a gran escala de los convoyes de vehículos que requerían para continuar la ofensiva rusa. Los dos últimos multitudinarios ataques bolcheviques en ese sector del frente habían tenido, como objetivo, el control de esa carretera vital.

Las líneas españolas cubierta por el Batallón 250 de Reserva estaban constituidas en primera línea por la 2ª Compañía, mandada por Ulzurrun y a la 3ª compañía de Oroquieta. El capitán Miranda, jefe del Batallón mantenía a la 1ª Compañía de Auba

como masa de maniobra y a la 4ª de Anda en posiciones a retaguardia para prestar apoyo con sus armas pesadas de infantería.

Tras la demoledora acción de la artillería, la 72ª División de fusileros soviética pasó al ataque, fijando en sus posiciones al III Batallón del regimiento 262 mandado por el capitán García Calvo, mientras el resto de la División roja pasó al ataque contra el Batallón de Reserva 250 con el grueso de sus efectivos y el apoyo de carros. La compañía del capitán Oroquieta quedará aniquilada al día siguiente; la del capitán Palacios, casi; la del Capitán Andújar, diezmada, y la del capitán Huidobro se defenderá numantamente. El capitán Losada llegó a pedir a la artillería propia «fuego» sobre su posición. Las líneas españolas fueron rodeadas, aisladas y machacadas, pero seguían frenando el avance soviético.

Las bajas españolas fueron muchas, tantas que los divisionarios fueron a pedir a los licenciados del Batallón de Regreso, que volvían a España, que retornaran al combate. Todos sus oficiales y un centenar de suboficiales y tropa acudieron a la llamada de sus compañeros. Cambiaron su regreso a España por una muerte casi segura. El espíritu de compañerismo «con el sagrado juramento de no abandonar jamás un hombre en el campo hasta perecer todos».

Las compañías 2ª y 3ª de 'Tía Bernarda', mandadas por los capitanes Díaz de Ulzurrun y Oroquieta, fueron atacadas por los pesados carros rusos KV-1. Las balas blindadas rebotaban en sus corazas pero la 3ª Compañía resiste. A la 3ª compañía de Oroquieta le quedaban 60 hombres útiles.

En cambio, en el sector vecino, los rusos rompieron la línea de la 2ª Compañía de Ulzurrun que se replegó hacia el río Ishora, donde el capitán Miranda encabezó un contraataque al que se sumaron la 1ª Compañía y los restos de la 2ª del Batallón 250. Pese a sus heridas, Miranda siguió al frente de sus hombres, arengándolos. Murieron en la lucha los capitanes Miranda y Ulzurrun, mientras Auba resultaba herido. El frente del Batallón de Reserva 250 estaba roto y solo la 3ª Compañía, reforzada por una sección de la 1ª, se mantenía en sus posiciones, precisamente las que bloqueaban la carretera que los soviéticos necesitaban.

El primer Escuadrón del 250 Batallón de Exploración del teniente Rey contraatacó para taponar la brecha. El teniente cayó herido de gravedad, muere el alférez García Estepa y el Escuadrón sufrió muchas bajas que tuvo que replegarse hacia el meandro del río Ishora fortificándose en una fábrica de papel.

El 250 Batallón de la Reserva retardó la penetración, a base de sangre y plomo. Oroquieta, herido dos veces, se mantenía en sus posiciones aisladas de primera línea con la 3ª Compañía. A las cuatro de la tarde del día siguiente, los soviéticos penetraron en esas posiciones y encontraron que de la 3ª Compañía del 250 de la reserva quedaban 13 hombres, cinco de ellos heridos. Cayeron en combate el teniente

Fernández Álvarez y el alférez De la Fuente Soberón, así como el teniente Campos Martínez, jefe de Sección de la 1ª Compañía y el teniente Blesa, de la Compañía de Teléfonos. Oroquieta y el alférez Navarro figuraban entre el puñado de prisioneros. Regresaría en 1954.

El resto del Batallón de Reserva 250 también había sufrido graves bajas, pero frenaron el avance enemigo mucho más tiempo de lo imaginable. Reforzados por elementos de la Cía de Zapadores-Esquiadores, la Sección de Asalto del 262 y el 1º Escuadrón/Explo. 250, detuvieron al enemigo que pretendía cruzar el Ishora, protegiendo el flanco del tercer Batallón del Regimiento 262 de García Calvo. Aquel derroche de valor también facilitó la defensa de un enclave español que aún iba a contener por más tiempo a los soviéticos: «El Bastión». Allí el capitán Aramburu aguantó con su 3ª Compañía de Zapadores realizando una encarnizada defensa. El espíritu de disciplina «cumplirá su deber, obedecerá hasta morir».

La ferocidad de los combates trajo su cosecha de muertes. Las cifras nos hablan de 3.000 españoles muertos, mil alemanes y más de 10 mil soviéticos. En un solo día, el miércoles 10 de febrero de 1943, las estadísticas contabilizan 2.252 bajas españolas: 1.125 muertos, 91 desaparecidos y 1.036 heridos. Otras 1.000 se sumaron en los días posteriores. Ese 10 de febrero se consiguieron tres de las ocho laureadas de la División Azul.

La División se trajo de Rusia más de 2.600 cruces de Hierro, dos de ellas de Caballero. Ocho miembros de la Azul recibieron la Laureada de San Fernando, siete a título póstumo. También se otorgaron 42 Medalla Militares Individuales y dos Colectivas. Muchas recomendaciones para la Laureada y para la Medalla Militar fueron rechazadas porque a partir de 1943 Alemania perdía la guerra, y el Gobierno español no quería provocar a los aliados.

Para otros divisionarios, como el capitán Palacios, Oroquieta o Ángel Salamanca nada había terminado, les quedaban más de 10 años de cautiverio en campos de concentración de Stalin hasta 1954. Pero esa es otra historia, la del Semiramis.

8

No acabó en el 75, David

Antonio Brea para Diario de Sevilla

Fueron los años de ocaso del segundo milenio, los de mi descubrimiento personal del novelista Arturo Pérez-Reverte. Una figura a la que hasta entonces sólo valoraba por su faceta de esforzado profesional del periodismo.

En su vertiente de escritor de ficción me introdujo una mujer que estaba tan próxima a mí en lo privado como distante en lo ideológico, simpatizante ella de aquel

primer experimento neocomunista llamado Izquierda Unida, mucho antes de la existencia futura de Podemos o Sumar.

No deja de tener su gracia el asunto cuando, desde ese extremo del arco político, hay quienes tratan de atribuir a dicho autor complicidad con el fascismo de hoy, tan mentado como dudosamente real. El detonante, su polémica con David Uclés, artífice –quizás involuntariamente– de un boicot a las jornadas que preparaba en Sevilla junto a Jesús Vigorra, con motivo del nonagésimo aniversario de la Guerra Civil.

De Uclés poco voy a decir, dado mi gran desconocimiento de la trayectoria de este prometedor joven y de su producción aún escasa. Pero sí puedo pronunciarme sobre unas palabras suyas, en contestación a reciente entrevista, mediante las que afirmaba, para sustentar sus discrepancias con Pérez-Reverte, que para él el conflicto fratricida acabó en 1975 y no en 1939.

No precisaba en su respuesta si el hito concreto que a sus ojos determina el cierre de la tragedia colectiva es la muerte de Franco, los fusilamientos previos o la coronación de Juan Carlos I. Sospechando que se



refería al primero, cabría oponer que el franquismo sobrevivió a su fundador algún tiempo y que hay acontecimientos posteriores más útiles para certificar su defunción: en 1977 la publicación de la Ley para la Reforma Política y la elección del nuevo parlamento pluripartidista, y en 1978 la aprobación y entrada en vigor de la Constitución. O, incluso adentrándonos en enfoques más subjetivos, podríamos prorrogar su último eco a la intempestiva asonada de 1981, con el asalto de Tejero al Congreso y los tanques recorriendo Valencia de noche.

Puestos a aventurar cronologías alternativas, también a algunos resulta factible anticipar el comienzo de nuestro cruel duelo a garrotazos a octubre de 1934, agosto de 1932 o abril de 1931. Momentos respectivos de la fracasada insurrección de socialistas y separatistas catalanes contra el gobierno de la República, del primer ensayo de reacción armada monárquica y de la propia implantación del régimen a partir del ambiguo balance de unos comicios municipales que no justificaba, en principio, tan brusco cambio de los destinos de una nación

La Falange da la bienvenida en Los Corrales de Buelna desde hace más de cinco décadas

Olga Agüero para ElDiario.es

El viajero que llega en tren a Los Corrales de Buelna tiene la sensación de haber viajado no solo en la distancia, sino también en el tiempo. Al entrar en la estación, la primera imagen que asoma del pueblo a través de la ventanilla es un letrero enorme de la Falange pintado en la fachada de una casa pegada a las vías. El negro y el rojo resaltan sobre una pared blanca en la que, a tamaño poco discreto, se lee 'F.E. de las J.O.N.S.' junto al escudo del yugo y las flechas tan representativo de la dictadura de Franco. De hecho, sorprende que la inscripción no está desgastada por los años y que conserve un notable vigor cromático.



Lo cierto es que no se trata de una reliquia de memoria histórica propiamente dicha, es más reciente de lo que parece por su simbolismo, ya que se pintó en los años ochenta cuando España ya había entrado en la democracia. Quedó tan arraigada que

aún perdura como un extemporáneo cartel de bienvenida en la estación del ferrocarril que comunica Santander con Madrid.

Los vecinos del pueblo están acostumbrados a convivir con naturalidad con la casa de la Falange, el partido único nacionalsindicalista del franquismo, que desarrolló una intensa y longeva vitalidad en este rincón de Cantabria. De hecho, en las elecciones municipales de 1983 el partido consiguió dos concejales, con la denominación propia de Unión Falangista Montañesa, antes de fusionarse con Falange Española de las JONS en 1984.

La propiedad de la sede, esa casa que asoma como un fantasma del pasado desde la ventanilla del tren, se repartió colectivamente entre más de un centenar de afiliados y simpatizantes, lo que complica cualquier decisión sobre la misma. Pero lejos, al menos, de borrar la leyenda de su fachada, parece que alguien se ha tomado la molestia de que continúe en buen estado.

De hecho, la casa conserva su apariencia robusta y tampoco parece estar en peores condiciones que la inscripción rojinegra aunque un informe del Ayuntamiento de Los Corrales del año 2020 ya advertía de que necesitaba algunas reparaciones. Pese a ello, los concejales de Izquierda Unida periódicamente solicitan sin éxito que se derribe o al menos se que se borre el emblema. A los sucesivos gobiernos municipales no les ha preocupado mantener la inscripción.

En todo caso, cualquier decisión sobre el futuro de la casa de la Falange, ubicada al otro lado de la vía, implica localizar a sus múltiples propietarios. De hecho, una funcionaria municipal ha tenido la paciencia de ir averiguando los contactos de los herederos que suman unos 250, con la idea que cedan su propiedad al Ayuntamiento. Aunque, por el momento, desde el Consistorio no hay una oferta en firme.

El inmueble tuvo un origen muy diferente. Antes de convertirse en sede de Falange fue durante cinco décadas la Sociedad Casino de Buelna, un centro de reunión inaugurado en la primavera de 1920 que promovió el industrial José María Quijano, propietario de varias fábricas en la zona. Fue así hasta que en 1971 se trasladó a una casona del siglo XVIII propiedad de su familia en la plaza de la Rasilla y la antigua ubicación pasó a ser la casa sindical de la localidad.

La Falange ocupaba el local donde ahora está ubicado el sindicato UGT de la comarca, pero, cuando el Casino se trasladó, los líderes locales del partido posaron sus ojos en esta casa. Primero la ocuparon como inquilinos y en 1979, tras negociar con su propietario, aceptó vendérselo, pero surgió el problema de cómo conseguir el dinero para formalizar la adquisición. Al parecer, se solventó organizando una compra colectiva, lo que hoy se conocería como crowdfunding, de tal forma que 128 afiliados a Falange contribuyeron económicamente para hacerse con la casa.

Según los periódicos de la época, la casa costó 3,5 millones de pesetas. Así las acciones se dividieron entre varias familias, algunas de ellas con más de dos participaciones, que pagaron por cada una 8.750 pesetas. La denominada Junta Promotora anunció la opción de comprar en el boletín informativo de Falange. La respuesta fue tan inmediata que en solo 15 días se recaudó la mitad del dinero necesario. De momento, se adquirió esa parte y el resto se financió a cinco años. Los estatutos de la comunidad de propietarios redactados para gestionar la operación no permitían acumular más de cinco participaciones.

Lo más curioso es que esta operación de la compra de la sede por parte de Falange se produce en el año 1979, es decir, cuando ya había llegado la democracia. Entonces se pintó el letrero identificativo en la fachada que da a las vías del tren y que sustituyó al anterior, de forja, que quedó fuera de uso porque se había deteriorado.

Eduardo López Pascual

La suave brisa que se respira
en Denia, nos deja su historia
que juntos fuimos cómplices
de sus sueños y de su gloria.
De Santander al viejo Madrid,
del taller a nueva poesía, va
caminando entre versos de
García Lorca y Ángel María.
Luchará solo con la palabra
en la patria de José Antonio
pedía, nunca tuvo más armas
que una voz de patria y justicia.
Toda la juventud de España
en los poemas le nombraban
que los sueños serán partes
de nuestra vida aventurada.
Pero quién será ese hombre
preguntaban los camaradas
y un cielo muy azul respondía
Manuel Hedilla, se llamaba.



Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com